

Cruda y honesta, **Linda Boström** relata su paso por un hospital mental y su lucha por conservar su voz

Terapia y locura, la (otra) lucha

por **MARTA REBÓN**

«Los recuerdos tenían un estatus muy bajo en la fábrica», cuenta la poeta Linda Boström (Estocolmo, 1972) en su tercer título en prosa. La «fábrica» es el hospital donde la trataron de una depresión profunda con terapia de electrochoque entre 2013 y 2017.

Un lugar más parecido a una cadena de montaje que a un centro médico: «Allí dentro la cosa iba a una velocidad de vértigo. Lo tenían muy bien organizado [...], conseguían meter a veinte desgraciados cada mañana». Dice la autora que Suecia es el país

donde más cuidados de este tipo se aplican per cápita en todo el mundo. La primera vez fue en 1938 y la inspiración la hallaron en los mataderos que recurrían a descargas para tranquilizar a los cerdos. Para los impenetrables facultativos de la fábrica, la terapia, que presenta efectos secundarios asumibles, es como «reiniciar un ordenador». A ella, sin embargo, nunca la informaron de que uno era la pérdida de recuerdos. Se da cuenta de que su memoria a corto plazo se pierde en la pantalla en negro. «Para los que trabajan con los márgenes del ser humano era un sentimiento embriagador poder mostrar resultados al fin», pero para ella, escritora, los recuerdos son su talismán. «Siempre puedes inventarlos. Es lo que hacen los escritores, ¿no?», le suelta el jefe de servicio mientras consulta su historial.

Diga lo que diga, para ella es una experiencia calamitosa: «al final te despierta el grito que lanzas. No sabes dónde estás. [...] El miedo cuando despiertas y cuando por fin compren-

nio que hacía aguas, y recordando su vida, el *apartheid* y el deseo de ser escritora desde siempre.

En *Una casa propia* Levy asume aquí el divorcio y que las hijas se han ido de casa y entonces, con el síndrome del nido vacío, lo que quiere es comprarse una casa con jardín en la que tener un granado. Curiosamente, ese deseo de poseer un bien raíz se explora a través del nomadismo: de Londres a Nueva York, Mumbai, París, Berlín, Londres de nuevo y, finalmente, la isla de Hydra, donde Leonard Cohen se despidió de Marianne, la de la canción. En este libro Levy celebra su fiesta de 60 cumpleaños –en un local cuyas salas ha diseñado David Lynch– y se da cuenta de que ha dicho muchas veces adiós. Escucha en Hydra *So long*, *Marianne* y es como si lo hiciera por primera vez. Porque nunca antes había tenido 60 años, explica.

Levy queda con productores de cine para venderles un guion y así comprarse la casa con la que sueña, como hizo Margueri-



LINDA BOSTRÖM
NIÑA DE OCTUBRE
Traducción de Rosalía Sáez. Gatopardo. 176 páginas. 17,95 e. Ebook: 7,68 e.



DEBORAH LEVY
UNA CASA PROPIA
Trad. de Cruz Rodríguez. Lit. Random House. 224 pp. 16,90 e. Ebook: 6,99 e.

des, con la plenitud de tu conciencia, que aquello en medio de lo que te has despertado es mucho peor que tus sueños».

Niña de octubre es un testimonio duro sin paliativos, de una honestidad sobrecogedora. La propia Linda Boström nos advierte que cuando el lector quiera puede abandonar el relato, «y eso es lo que convierte este acuerdo en algo tan singular». Quien haya leído antes la incontinente serie autobiográfica de su exmarido Karl Ove –ella un personaje escrito de nuevo por otros– sabrá de antemano que a la autora en su veintena le diagnosticaron trastorno bipolar, enfermedad que también padecía su padre. Eso marcó su infancia, y el miedo que su progenitor le infundía, explorado en *Bienvenidos a América*, lo tradujo en una prosa con ecos de la de Elizabeth Bishop. Iniciada la lectura, dudo que se abandone. Boström penetra en el tiempo no lineal del recuerdo, en sus grietas, y en la libertad personal con las palabras justas. **L**

te Duras para comprar su casa en Neauphle-le-Château. Duras es una referencia constante. Se cita también a Simone de Beauvoir –visita su tumba en París–, relee a Kundera, vuelve a Péric, cita a Bachelard, a W.E.B Du Bois y a Audre Lorde, se cuelan en las páginas Bergman y Almodóvar, Joan Crawford y Bette Davies.

Se acuerda de su madre y de su padre, visita a una amiga en Berlín, se encuentra con su mejor amigo en París. Y todo el rato la pregunta que se hace Levy es la misma: ¿quién es ahora?, ¿qué se espera de ella, ahora que está sola y tiene 60 años? La respuesta es este libro emocionante y divertido, que lleva a otros libros y a películas. Es el mejor del tríptico, y al cerrarlo, la sensación es la de haber estado con una amiga un poco mayor a la que has acompañado en un viaje en el que se ha dado cuenta de algo trascendental, pero sin la pesadez de la epifanía. Escribe Levy: «mis libros son mis bienes raíces», y ahí está todo. **L**

Deborah Levy cierra su trilogía biográfica con este relato que responde a una pregunta existencial

El patrimonio que deja toda una vida

por **ALOMA RODRÍGUEZ**

Una casa propia es el cierre del tríptico *Autobiografía en construcción* (los títulos anteriores son *Cosas que no quiero saber* y *El coste de vivir*), de la escritora sudafricana Deborah Levy (Johannesburgo, 1959). En español están traducidas sus novelas *Nadando a casa* (Siruela, 2015) y *Leche caliente* (Anagrama, 2018). *Cosas que no quiero saber*, que inauguró el proyecto, era una respuesta al ensayo de Orwell *Por qué escribo*. *El coste de vivir* presentaba a Levy en Mallorca, huyendo de un matrimo-